

# LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.	LA REDACCION Y ADMINISTRACION,	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Calle de Fonollar, 24 y 26. Se publica los Jueves.	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.		El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º—
Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas.		Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

## SUMARIO.

Vuelve á brillar la luz.—¡Ciento siete!—La resignacion.—¿Por qué las aves cantan y los hombres lloran?—El banquete de los pobres.—Una queja.—Pensamientos.

## VUELVE Á BRILLAR LA LUZ.

En virtud de los reales decretos publicados en la *Gaceta* del 29 de noviembre último, cesa la condena de los periódicos suspensos, pues dice en su ARTÍCULO PRIMERO: «Se alza á todos los periódicos la suspension que estén cumpliendo ó deban cumplir por virtud de sentencia dictada antes de la publicacion del presente decreto.»

Así pues, gracias á la *gracia* concedida por S. M. D. Alfonso XII LA LUZ DEL PORVENIR vuelve á aparecer en el estadio de la prensa, dispuesta á estender sus rayos en el mundo de las ideas; y repetiremos hoy lo que digimos en nuestro primer número.

«La luz del porvenir va disipando la gran niebla del pasado, y solo queda una ligera bruma que se vá deshaciendo paulatinamente bajo los vivificantes rayos del astro de la verdad, y un reflejo de ese foco luminoso, un débil destello de esa irradiacion universal, una pequeña onda de luz espírita: es la presente publicacion; nuestro único propósito es decirle á los hombres: ¿quereis mirar? ¿quereis leer? ¿quereis estudiar? Nosotros os diremos donde encontrareis volúmenes filosóficos que lleven la paz á vuestro corazon, y la esperanza á vuestra mente; guias humildes (pero con muy buena voluntad) os señalaremos los puntos de vista mas elevados, desde los cuales podreis descubrir dilatadísimos horizontes; y os diremos, deteneos. ¡Mirad, contemplad y bendecid las innumerables maravillas de la Creacion!

»¡Leed en ese gran libro, que sin prólogo ni epílogo lo está escribiendo el eterno historiador de los siglos!

»¡Leed! ¡leed en la naturaleza porque esta es el álbum de Dios!»

Esto decíamos ayer, y hoy les decimos á los libres pensadores:

¡Raza humana! asociate al continuo *crescendo* de la vida.

Acostúmbrate á mirar al sol del progreso que sus rayos no lastimarán tus ojos, antes bien, aumentarán el alcance de tu mirada.

La verdad es la luz del porvenir, y nuestro humilde semanario es un átomo desprendido de ese gran foco. Es un débil destello de los primeros albores del crepúsculo matutino; mas no porque conozcamos nuestra pequeñez debemos abandonar el trabajo.

El sol no aparece en el horizonte sin que antes le haya precedido la pálida, la indecisa claridad del alba. El trabajo es la ley de la vida que, como dice muy bien Víctor Hugo: «Si bajamos la mirada, vemos el insecto agitándose en la yerba; si



»levantamos la cabeza, vemos como resplandece la estrella en el firmamento. ¿Qué  
»hacen? Lo mismo; trabajo. El insecto trabaja en la tierra, la estrella trabaja en  
»el cielo; la inmensidad las separa y las une. Todo es el infinito. ¿Cómo podría no  
»ser esta la ley del hombre? Él también está sujeto á la fuerza universal, y lo está  
»doblemente por el cuerpo y por el espíritu. Su mano toca la tierra, su alma  
»abraza el cielo; es de barro como el insecto y del empíreo como la estrella. Tra-  
»baja y piensa; el trabajo es la vida, el pensamiento es la luz.»

¡Oh! sí, sí; el pensamiento es la luz! el trabajo es la ley universal; por esto  
no hemos dudado en publicar este sencillísimo semanario, porque la vida germina  
en todas las esferas: y donde hay vida, hay asunto para estudiar y para aprender;  
y prueba de ello es, que si Galileo construyó en 1609 un catalejo para contemplar  
los mundos, el célebre naturalista Ehrenberg dedicó su vida á contemplar con un  
microscopio el *mundo de los infinitamente pequeños*, y encontró que las leyes de la  
naturaleza se cumplían en los infusorios, como se cumplen en los planetas que giran  
en el espacio.

Por esto no nos asusta nuestra insuficiencia; y trabajaremos en el humilde lugar  
que nos corresponde, convencidos que si no trabajamos no progresaremos.

LA REDACCION.

---

## ¡¡CIENTO SIETE!!

---

¡Cuánto se consuela el alma cuando en medio de las grandes luchas de la vida,  
de esas crisis terribles en que se pone á prueba la abnegación y el egoísmo del  
hombre: destacan entre las multitudes atribuladas, esos espíritus fuertes, esos  
hombres enérgicos que en medio del mayor peligro se olvidan de sí mismos para  
atender á la salvación de los demás!

¡Qué grandes! ¡qué hermosas! ¡qué sublimes son esas figuras!.... ¡y qué pe-  
queños parecen ante esos héroes los demás hombres!

¿De qué planeta vendrán esos espíritus que no se han contaminado con el egois-  
mo que domina en la tierra? Y esos seres han vivido como los demás hombres, han  
pasado desapercibidos años y años, hasta que llegó un momento de angustia supre-  
ma, de espantosa tribulación, y entonces se han quitado el disfraz de su vulgaridad:  
y se han presentado como enviados de Dios para enseñar á la humanidad la her-  
mosísima ley de Cristo. ¡Dios los bendiga!

En la catástrofe ocurrida en Murcia, hay asunto para escribir un poema relatan-  
do los conmovedores episodios que han tenido lugar en aquella comarca.

Muchos sin duda pasarán desapercibidos de los hombres de la tierra, pero no  
pasarán desapercibidos para Dios.

En una carta de la comisión de la prensa de Barcelona entre otros detalles cu-  
riosos, interesantes y conmovedores leemos lo siguiente:

«¿Quién es don Rafael Fernandez Rodriguez, conocido por Merjelina? Voy á re-  
»ferirlo. Es el héroe de los inundados de Murcia, es el que con un carruaje propio  
»y dos briosos caballos que no tienen precio, se arrojó al agua junto con Rafael  
»García, conocido con el apodo de *El Torrao*, y salvaron en pocas horas 107 per-  
»sonas, que indudablemente habrían perecido en el barrio de San Benito, que forma  
»un arrabal de la Ciudad, situado á la otra parte del rio, adosado al puente. La  
»operación que llevó á cabo Merjelina era tan expuesta, que no se concibe como  
»no perecieron tanto él como el *Torrao*; arrojaban los caballos al agua, y estos  
»á veces con agua mas arriba del pecho, nadando tiraban el carruaje, lo aproxi-  
»maban á las casas y las personas que salvaban se arrojaban en sus brazos y de  
»allí las colocaban sobre el carruaje, el cual las llevaba á tierra, y esta operación,  
»repetida infinidad de veces, llegó á salvar el número prodigioso de 107 personas.»



¡Ciento siete personas! Este es el número que se vé; pero debemos multiplicar esta cantidad, y al multiplicarla no podremos decir á punto fijo los cientos de individuos que estos dos hombres generosos han salvado; porque esas ciento siete personas, cuántas de ellas tendrán hijos, padres, esposa ó esposo, hermanos, séres allegados que viven de su vida.

Un sér, por regla general no representa una sola entidad; pocos séres viven aislados en el mundo; generalmente cada hombre, ó cada mujer representa una familia. Unos que ya la tienen constituida, y otros que la constituirán; por esto el salvar la vida de un hombre, es asegurar el porvenir de muchos séres; así es, que Rafael Fernandez y Rafael García han hecho un bien incalculable salvando á ciento siete individuos de una muerte segura.

¡Qué grandes son estos dos hombres!.....

Nosotros los vemos en nuestra mente en el momento del peligro, cuando sin duda parecería que habia llegado el dia bíblico del juicio final!

¡Cuándo los gritos de angustia resonarian de una manera desgarradora en el espacio!.....

¡Cuándo las imprecaciones de los unos, y las plegarias fervorósísimas de los otros formarían un coro terrible, amenazador indescriptible!.....

¡Cuándo todos los elementos se conjuraban para aumentar la consternacion y arrebatarse toda esperanza!.....

¡Cuándo en todos los cérebros bullían las ideas en el mas espantoso desorden!...

¡Cuándo la desesperacion mas horrible se apoderaba de aquellos séres!.....

¡Cuándo el vértigo de la destruccion los enloquecía!

¡Cuándo parecía llegada esa hora suprema en que un pueblo desaparece del globo al impulso de una misteriosa y terrible voluntad!.....

¡Cuándo parecía que habia llegado el momento de cumplirse una expiacion inevitable!

¡Cuándo todos los afectos luchaban con una ansiedad suprema!

¡Cuándo el padre perdía al hijo que era su sosten!

¡La mujer al marido que habia sido el amor de su vida!

¡El anciano á sus nietos, que eran la alegría de su ancianidad!

¡Cuándo los ricos se quedaban pobres!

¡Cuándo los pobres perdían el fruto de su trabajo!

¡Cuándo en inexplicable confusion el ánimo atribulado no podía comprender tan inmensa desventura!

¡Cuándo todo lo informe, todo lo horrible se encadenaba para convertir una comarca risueña y encantadora, en un caos que la mente concibe pero que no se puede describir; entonces, aquellos dos hombres dominando tan aflictiva situacion, convertidos en agentes de la misericordia divina, desafiando y venciendo el inminente peligro en que se encontraban grandes, serenos y fuertes, se lanzaron al agua á cumplir la accion mas hermosa que puede hacer el hombre en la tierra, que es amparar, y salvar á sus semejantes.

¡Esa es toda la ley!.....

¡Ese es todo el progreso!.....

¡Esa es la religion de todos los tiempos!.....

¡Espíritus de luz! ¿De qué mundo habrán venido?

Sin duda Dios los ha enviado á la tierra para que sirvan de ejemplo á la humanidad.

¡Cuán buenos son!

¡Cuán distintos de la generalidad!

Cuando llegue el momento que dejen la tierra ¡cuán hermoso será su despertar! Su tránsito será un sueño apacible, y se encontrarán en el espacio rodeados de celestes maravillas, y en medio de tantos esplendores, siempre verán ante sí sobre un fondo azul pálido, unas letras de púrpura orladas con los colores del arco iris



que dirán ¡¡ciento siete!!! y una turba de espíritus gozosos les rodearán, diciéndoles indistintamente:

—Vosotros salvasteis á mi hijo, y viendo él en su salvación la mano visible de la Providencia, se arrepintió de sus errores y ha vivido como un santo en la tierra, y todas sus buenas acciones os las debe á vosotros, ¡benditos seais!

Otros dirán:

Vosotros salvasteis al hombre que amé, al padre de los hijos de mi alma, y gracias á vosotros, los amados de mi corazón han tenido un amparo en el mundo, y vosotros tendreis un lugar en el cielo.

Otros exclamarán:

A vosotros debió mi padre el continuar su peregrinación en la tierra; y pagando las muchas deudas que contrajo en otras existencias, feliz y tranquilo se prepara á una nueva vida en un mundo mejor.

Habéis cumplido como fieles discípulos de Cristo; y Cristo os aguarda para confiaros una nueva misión. Y los héroes de la inundación de Murcia seguirán su triunfal camino encontrando á su paso leones de espíritus agradecidos que los colmarán de bendiciones; y dónde quiera que fijen sus miradas, en horizontes de mágicos colores verán letras luminosas que les recordarán su paso por la tierra porque aquellas letras dirán ¡¡ciento siete!!!.....

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## LA RESIGNACION.

---

Existen en la vida terrestre tantos males, nos rodean tantas vicisitudes, tenemos que salvar tantos escollos, que, difícilmente podemos evitar el que lleguen hasta nosotros los emponzoñados dardos de la calúnia, las rastreras saetas de la envidia, las invisibles flechas de la ficción, y los múltiples abrojos de la miseria.

Hay momentos tan críticos en los cuales nos absorbe tan intenso dolor, que no sabemos darnos cuenta de sí mismos; y el espíritu abrumado por el sufrimiento, cae desfallecido bajo el peso del infortunio (como llaman la mayoría), y que no es otra cosa, sinó pruebas para depurarnos, ó cuentas atrasadas que saldamos.

La resignación en estos casos, es la única tabla de salvación que puede guiarnos á buen puerto, y de cuya sublime virtud nos dió una prueba inequívoca el Mártir del Gólgota, y muchos grandes y sábios filósofos, como Sócrates bebiendo la cicuta, Epitecto, sufriendo el despotismo de Epafrodito mientras fué su esclavo, Epicuro no contestando á los ataques y calumnias que contra su persona corrieron, y sí solo llevando una vida austera y ejemplar, Galileo retractándose con santa resignación ante los Jueces que le habian de sentenciar, y otros muchos que pudiéramos citar; de lo cual deducimos, que todos los grandes pensadores, han hallado en la filosofía moral el gran antídoto de la paciencia, para esos casos extremos en que el espíritu se asfixia en el reducido círculo de la materia, en el corto espacio de nuestra misera tierra, y no encuentra ninguna base bastante sólida para apoyarse; en esos momentos supremos en que un padre no puede dar pan á sus hijos y los vé postrados en el lecho por falta de alimento; cuando un sér querido nos deja para pasar á mejor vida, y cuando sin embargo de obrar bien, la calúnia se complace en zaherirnos y pisotear el único tesoro del hombre, su dignidad y su honor.

Hay veces que la desgracia tiende sus alas sobre una familia de un modo tan singular, que nos hace exclamar angustiados: ¡Señor, Señor; que horrorosa epidemia de vicisitudes ha contagiado á esos pobres seres; no parece sino que todo el cúmulo de sinsabores que encierra el planeta Tierra, se ha desbordado contra esos infelices!

Mas no es extraño; el Espiritismo, nos lo dá á comprender por medio de la reencarnación del alma. Los espíritus vienen á la tierra para depurarse; ciertos grupos



de ellos, se reúnen acá formando distintas familias, con la sola misión de arrostrar con resignación, las dolorosas pruebas que ellos mismos se han impuesto.

Mas ¡ay! cuando llega el preciso momento de cumplir lo prometido, el espíritu se abate, se ofusca, pierde la fé, y cae en un completo marasmo: otras veces convirtiéndose en gigante imaginario, quiere revelarse contra la Justicia Divina, maldice inconscientemente su existencia y las pruebas que él mismo ha pedido, y hallándose impotente para atajar sus sufrimientos, se entrega á la desesperación ó al suicidio.

¡Triste condición humana! ¡Cuántos males producen nuestras imperfecciones! ¡Pobres pigmeos de la Creación con pretensiones de reyes absolutos! Nos punzan las espinas de la vida haciéndonos brotar sangre de las heridas, mas nuestro orgullo insano, prefiere hollarlas con su planta ensangrentada, que bajarse para ir las quitando de su paso; porque nos ciega la ambición, no sabemos vivir sin la hipocresía, y somos egoístas en alto grado.

Dice el sábio Bias, que: «Lo mas difícil es saber llevar un revés de fortuna.» Es muy cierto.

Cuando nos rodean los placeres, no hacemos partícipes de ellos á nadie, ni nos acordamos del que sufre; y cuando sufrimos, nos falta tiempo para pregonar nuestros dolores, y nos lamentamos de que nadie venga á consolarnos.

Cuando nos resignamos, lo hacemos á la fuerza y no por voluntad; cuando hemos desplegado nuestra cólera, dirigido mil improperios á seres quizá inocentes á nuestros males, cuando la mirada torva se revuelve en la órbita cansada ya de buscar al autor de su desgracia, y cuando nuestro enseñoreado orgullo se vé dominado por el sufrimiento y no puede levantar su voz; entonces y solo entonces, es cuando exclamamos: «¡Cómo ha de ser, paciencia, resignémonos!»

¡Ah humanidad hipócrita! ¿Cuándo, cuando saldrás de ese inmundo lodazal? ¿Cuándo te despojarás de ese mugriento sayal? ¿Cuándo la verdad brillará en tu frente, la humildad en tu corazón y la resignación en tu espíritu? ¡Ah! cuando tu orgullo desaparezca, cuando al progreso te adhieras, y cuando con la virtud te identifiques.

Resignémonos, sí, pero sin murmurar, sin culpar á nadie sino á nuestras malas obras; resignémonos de corazón, esto es, voluntariamente, sin tener que apelar á la fuerza, y de este modo, será mas aceptable á Dios.

¡Dichosos mil veces aquellos que, haciéndose superiores en la desgracia, acogen la resignación con fé, porque ella es el faro que guía al hombre por el camino del bien, la lluvia benéfica que fertiliza el corazón, la embalsamada brisa que reanima al espíritu haciéndole aspirar las delicias de la calma, y la consoladora esperanza de la felicidad eterna.

Barcelona.

CÁNDIDA SANZ.

---

## ¿POR QUÉ LAS AVES CANTAN Y LOS HOMBRES LLORAN?

---

### I.

—¿Por qué vuelan las aves, madre mia,

Y se remontan ya?

¿Por qué, cruzando la región vacía,

Se pierden por allá?

¿Por qué baten sus alas tan ligeras

Y cantan sin cesar?

¿Por qué son ellas dichosas y parleras

Y el hombre ha de llorar?

### II.

—¿Por qué, hijo mio, el hombre en su quimera,

Ya sueña con el mal?

¿Por qué no busca con la fé sincera

Lo bueno y fraternal?

Si gime y llora entre las redes preso,

Esclavo se hizo él:

El vicio le fatiga con su peso

Sucumbe con aquel.....

Si sencillos y buenos, cual las aves,

Ellos quisieron ser

Entonarían, pues, cánticos suaves,

De gloria y de placer.

MATILDE ALONSO.

*Matilde*



## EL BANQUETE DE LOS POBRES.

Decía Dumas (padre) que el lujo de la mesa es el lujo mas caro; y es una gran verdad: los ricos y delicados manjares son como las horas felices; desaparecen de nuestra vista con vertiginosa rapidez, y las grandes cantidades invertidas en opíparos banquetes solo dejan tras de sí el hastío de la saciedad, ó un vago recuerdo para el gastrónomo consumado. ¡Esas son sus huellas! Y Dumas tenía razon al decir que el lujo de la mesa es el mas caro; porque para sostenerlo hay que gastar diariamente una gruesa suma, sin que deje nada permanente ni util; en cambio, el lujo de la casa, de los muebles, de los trajes y de las joyas recrea mas tiempo nuestra vista, y no grava tanto nuestros intereses.

En distintas ocasiones hemos visto mesas suntuosas, adornadas con un lujo deslumbrador, porque este ó aquel soberano aceptaban un banquete oficial; y naturalmente que para tan altos personajes se habia de revestir el obsequio con todo el arte del buen gusto y del lujo mas refinado y espléndido.

Mas de una vez nos ha llamado la atencion nuestra indiferencia contemplando esas mesas suntuosas, que han despertado la admiracion general, y en nosotros no han producido ninguna sensacion; únicamente, si hemos visto preciosos ramos de flores y artísticas pirámides de frutas, hemos mirado atentamente aquellos encantadores productos de la naturaleza, exclamando con acento admirativo: ¡Cuán bellísimo es esto!

Recordamos que una vez mirando una mesa lujosísimamente servida, preparada para un rey, dos hombres del pueblo, viejo el uno, y jóven el otro, miraban atentamente la preciosa vajilla y la profusion de copas que habia delante de cada cubierto, que entre grandes y pequeñas sumaban once.

—¡Quién pudiera comer aquí!... dijo el más jóven mirando á su compañero con alegre sonrisa.

—¡Dios me libre! contestó el viejo: me *marearia* mirar tanto *cacharro*. Y señaló desdeñosamente las preciosas copas.

—¡No comeria V. bien aquí! ¿lo dice V. de veras? replicó el muchacho mirando con asombro á su interlocutor.

—No que no comeria; te lo digo de veras, contestó el anciano con resolucion. Mi mantel blanco, mi plato limpio y mi jarron de vino colocado por mi mujer, lo prefiero mil veces á todas estas zarandajas.

—Pues yo no sé qué daria por poderme sentar aquí; repitió el jóven. Si le da á uno gusto de ver estas cosas!....

—¡Qué quieres! Como yo cuando me siento á la mesa no busco solamente el pan del cuerpo, sino que busco tambien el del alma, y lo que es *ese* no lo hallaria aqui; por lo mismo estas composturas no me llaman la atencion. Y el anciano siguió andando, y el jóven le siguió á pesar suyo, sin dejar, mientras pudo, de volver la cabeza para mirar una vez mas la lujosa mesa.

Las sentenciosas palabras del anciano dejaron eco en nuestra mente, y ellas vinieron á darnos la explicacion de nuestra indiferencia ante los preparativos de suntuosos y espléndidos banquetes.

Quizá nosotros buscábamos inconscientemente el *pan del alma*, y al no encontrar mas que el del cuerpo, seguíamos nuestro camino, sin detenernos á contemplar y desear la riqueza de los otros.

Desde aquel dia que oimos hablar al desconocido filósofo, siempre que hemos visto mesas lujosas, parece que han resonado en nuestro oido sus intencionadas palabras.

Algunas veces hemos ido á las fiestas populares, á esas alegres romerías donde centenares de familias comen en las praderas, en la márgen de los rios, en las laderas de las montañas, en la cumbre de los montes, reinando en todas partes la mas bullis



ciosa animacion, y en medio de tan ruidosa algazara nos parecia ver la melancólica sombra del viejo que movia negativamente la cabeza como diciendo:—No busques aquí el *pan del alma!*

Nosotros seguíamos mirando, y á lo mejor, del grupo mas alegre veíamos levantarse dos hombres beodos, que se entregaban á juegos brutales; otros mas allá disputando acaloradamente; y pronto nos convencimos de que en las fiestas campestres, siendo ruidosas, tampoco se encuentra el *pan del alma.*

Sabido es que las familias discuten generalmente en la mesa sus cuestiones, y hablan de sus negocios, y mas de una vez la conversacion se agría, y entre las quejas de los unos y el mal humor de los otros tampoco se encuentra el *pan del alma.*

Mucho nos hemos acordado de aquel anciano, y algunas veces hemos dicho: Aquel hombre sin duda tendria una esposa que le querria mucho, é hijos cariñosos que le rodearian á la hora de comer, y por eso preferia su sencilla mesa á todos los banquetes del mundo.

Ya casi se borraba de nuestra mente el recuerdo de aquel buen hombre, cuando el ver comer á un albañil nos le ha hecho recordar. Fuimos á ver á una amiga que habita en un piso bajo: frente á su casa están construyendo un palacio, y al dar las doce, los trabajadores se diseminaron por la plaza, y fueron llegando varias mujeres con sus cestas, y á la sombra de los árboles se fueron colocando los hijos del trabajo para restaurar sus fuerzas con un sencillo alimento.

Uno de los albañiles se vino á situar muy cerca de la ventana, junto á la cual estábamos sentados. Era un hombre jóven, de rostro agradable: á poco llegó una jóvenecita simpática y agraciada, vestida pobremente, pero con pulcra limpieza. En el brazo derecho sostenia un niño como de un año, y del izquierdo le pendia una gran cesta. El hombre al verla le tomó el niño diciéndola alegremente:

—¡Hola! ¡hola! este tunante no ha querido dormir hoy. Y besó con afan la cara del pequeuelo.

—Ya verás, dijo ella; sí que dormia el pobrecito; pero como tú te distraes tanto con él, me dije: Vaya, haremos que tenga la comida completa. Al decir esto la jóven comenzó á desembarazar la cesta. Sacó primero un mantelito mas blanco que la nieve, lo estendió en el suelo, colocando despues dos platos, cucharas, una botellita de vino, dos vasos, pan y manzanas, y por último llenó los platos con una gran racion de humeante arroz que llevaba dentro de una brillante cacerola.

—¿Qué santo es hoy, que has hecho arroz á la valenciana? preguntó él alegremente, sentándose en el suelo y tratando de colocar bien al niño.

—Como que veo que comes tan poco cuando te traigo cocido, replicó ella cariñosamente, *cavilo* para buscarte el apetito. Y él, sin duda para hacer honor á las *cavilaciones* de su esposa, se dió prisa á comer, como si tuviera un hambre devoradora.

Nosotros, sin saber porqué, nos acordamos del viejo filósofo que buscaba el *pan del alma*, y dijimos al ver aquel sencillo cuadro: ¡En el banquete de los pobres se encuentra el pan de la vida! Fijábamos nuestra mirada afanosa en aquella jóven pareja que, tranquila y risueña, se alimentaba con el pan del cuerpo y el *pan del alma.*

Bien considerado, cuando la mujer de un trabajador vá á llevarle á su marido la comida, comen los dos el sustento del alma; porque aquel alimento está impregnado de amor, de tierna solicitud; y así como nos entristece ver comer á los trabajadores en las hosterías, cuando los vemos alimentarse en medio de la calle, como la jóven pareja que nos ha inspirado estas líneas, los miramos y los envidiamos; y bendicimos la union de aquellas dos almas. Estas á que nos referimos nos inspiraron profunda simpatía; sintiendo al mirar su humildísimo banquete, lo que no hemos sentido jamás contemplando las mesas fastuosas de los grandes de la tierra. Ante estas últimas hemos pasado indiferentes: su lujo no nos ha impresionado; pero la pobre jóven que *cavilaba* como habia de complacer y de alimentar mejor á su marido; que le llevaba el niño para que él estuviera mas contento; aquella delicadeza, aquel puro



sentimiento, aquel tacto esquisito, aquel amor, en fin, espresado con tanta sencillez & tanta verdad, nos conmovió vivamente.

Encontramos *poesía* en aquella joven pareja, en su pequeño hijo, en aquel mantelito mas blanco que la nieve tendido en medio de la calle, cubierto con sencillas viandas, y agrupados en torno de él tres seres unidos por los lazos mas fuertes de la vida. Donde existe el amor, allí está el hogar, la familia, el santuario bendito de la humanidad. El oasis del desierto de la vida lo forman dos corazones que laten unísonos. Nosotros, al contemplar un banquete de los pobres, hemos experimentado una sensación deliciosamente consoladora; hemos visto á los hijos del trabajo saboreando el único manjar sabroso de la vida, el alimento que más vigoriza nuestro sér; pues lo que mas reanima y alienta al hombre en las tribulaciones de su existencia es ese algo divino que tan oportunamente llamó el anciano el *pan del alma*.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## UNA QUEJA.

(Ecos de la Tierra.)

—Hija del corazón: ¿por qué suspiras,  
Qué te atormenta, dí?...  
Nunca tu frente cual la nieve blanca  
¡Ay!... tan mística la ví.

Sonastè amor, y el triste desengaño  
Su dardo dejó en tí;  
Esa es la amarga historia de la vida;  
A todas pasa así.

No te atormentes, hija de mi alma:  
Da tregua á tu gemir.  
Eres tan niña...: que mejores días  
Lucirán para tí:

Todo nace en la vida y todo muere,  
Para reproducir  
—Cuando se apaga el sol de la ventura  
Ya no vuelve á lucir.

Deja que llore, madre de mi alma:  
¡Era yo tan feliz!...

Que bien merece lágrimas de fuego  
La dicha que perdí.

La vida sin ensueños, sin amores,  
Es tan triste... ¡ay de mí!  
Que solo anhelo abandonar la tierra.  
¡Quien pudiera morir!....

Soy cual la pobre gota del rocío  
Perdida en el pensil;  
Soy un grano de arena confundido  
Entre mundos sin fin.

¿Qué vale la existencia sin objeto?...  
Yo prefiero morir,  
Porque nadie en el mundo, madre mia,  
Guarda un recuerdo pálido de mí.

—No te importe en la tierra vivir sola.  
Tu reino no es de aquí,  
Cuando dejes el mundo, hija del alma,  
Encontrarás un mágico pensil.

VIOLETA.

---

## PENSAMIENTOS.

Las mujeres nos deben la mayor parte de sus defectos; pero los hombres deben á las mujeres, la mayor parte de sus buenas cualidades.—*Cárlos Lemesle*.

El primer paso hácia la felicidad es el convencerse de que hay una necesidad de sufrir mucho.—*Sir Eduardo Joung*.

La mayor desgracia es merecer la desgracia.—*La Fontaine*.

El dejar de querer mal, es un principio de querer bien.—*D. Alfonso de Ercilla*.

---

SAN MARTIN DE PROVENSALS: Imp. de Juan Torrents y C.<sup>a</sup>, Triunfo, 4.